



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. ¿Hablemos de religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay o no hay Dios?—4. La razón de; la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre Nuestro, Ave María y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno

R. 3531111

12
6557

LOS FRAILES HOLGAZANES.

QUIERA yo ó no quiera, el caso es que muy á menudo he de encontrarme de manos á boca en mis paseos con aquel D. Cosme de mis pecados, con quien hice entablar relaciones á mis lectores en uno de los librecitos que les tengo dados tiempo atrás. Y como da la casualidad que el tal D. Cosme (achaque común de todos los hombres poco religiosos) lo primero que suscita en todas partes es polémica sobre Religión, de ahí que á poco más de andados cincuenta pasos,

estábamos ya los dos metidos hasta las narices en formal y animada disputa.

El tema de ella era un suelto de cierto periódico que mi contrincante traía aún revuelto entre las manos, y en el que se daba cuenta de la instalación de un convento de frailes en no sé qué localidad de esta provincia. «¿Ve V., me decía mohino y malhumorado el buen señor, ve V. por dónde salen ahora esos benditos con sus hábitos y conventos? ¡Como si estuviesen para eso los tiempos actuales! Brazos necesitamos para trabajar, no parásitos holgazanes.»

Salté como picado de víbora al oír esta palabreja grosera, que nadie menos que mi D. Cosme podía pronunciar. Porque este caballero, como tantos otros, no es de los que se distinguen, vamos al decir, en ninguno

de los ramos de la actividad humana. Vive de sus rentas, gastándolas todas, como la mayor parte de los de su clase, en el regalo de su importante persona. Duerme sobre mullida cama sus ocho horas diarias; las demás las consume perezosamente en la más perfecta ociosidad. Nada le deben las artes, como no sea la culinaria, ni las letras, como no sean las que en sus debidos plazos cuida de tenerle cobradas su procurador.

—¡Señor mío! le dije con algún calor, ha soltado V. una palabra que no debió, y me apresuro á recogerla. Con qué ¿esos frailes, de que hablabamos hace poco, no son más para V. que un hato de holgázanes?

—Si se ha de juzgar por la apariencia...

—Dejémonos de apariencias y vamos á la realidad. ¿Ha visto V. jamás los

adentro de un convento ó monasterio ó casa así?

—¡Hombre! ¿Y quién me mete á mí en tales laberintos?

—Pues debiera V. meterse algo, ya que no por curiosidad, siquiera para hablar en razón ó por lo menos con conocimiento de causa. Así suelen ser la mitad y casi toda la otra mitad de los que hablan mal de los conventos. No los han visto más que en las mentirosas tablas del teatro ó en las entregas ilustradas á real. No se han tomado la molestia de llamar una sola vez á la humilde portería de uno de tales edificios, ó de atisbar á lo menos por el ojo de su cerradura, que ese fuera el medio más expedito de saber la verdad. Así se comprende que viviendo los frailes entre nosotros como vive todo el mundo, se tengan de ellos por algunos infelices como V. ideas tan ri-

dículas y menguadas, como pudieran tenerlas los chinos ó los habitantes del Mogol.

¿Holgazanes, ha dicho V.? Pues escuche unas breves observaciones cuya exactitud no podrá negar.

Las casas religiosas son, en primer lugar, las del mundo, en que más se madruga y menos se habla. Consecuencia infalible ha de ser la de que en ellas es donde más se trabaja. Dos ó tres horas sigue aún roncando una parte del mundo á pierna suelta, cuando la campana despierta al Religioso y le obliga á dejar su fementido jergón. Sin contar los varios que rompen en dos mitades la noche para acudir á un rezo sumamente mortificado, todos se levantan en verano al romper el día y en invierno horas antes de salir el sol. Ni aún el jornalero más atado á su fabrica se les anticipa. Vea

usted si esos benditos frailes son holgazanes de un modo particular.

La charla, que es la que (en siglos parlamentarios sobre todo) roba á los mortales más tesoros de tiempo, está vedada rigurosamente en las casas de Religión. Hay en ellas hora especial para hablar, y las demás se calla á no ser que medie necesidad absoluta. En horas de silencio, que son las más del día, es grato recorrer los claustros ó corredores de un convento observante y ejemplar. Viven allí cuarenta, cincuenta ó setenta hombres, muchos de ellos jóvenes en toda la lozanía de la edad. Y no obstante resuenan los pasos bajo las calladas bóvedas; hasta la respiración se deja oír en ellas, tan absoluto es el silencio que allí impone la obediencia. Ni comiendo se habla, á pesar de lo natural que parece en la mesa tan acostumbrada expansión. En

la mesa se lee, y siempre cosa de piedad ó de ciencia. Por causa de fiesta ó suceso extraordinario se dispensa alguna vez, rara vez al año, la lectura, y se permite la conversación. Pues bien. Son unos holgazanes extraños esos que por no perder tiempo ni siquiera se permiten hablar cuando de eso les viene gana. Es una holgazanería por todo extremo original.

Hay en muchas casas religiosas en la portería interior de ellas una tablilla ó lista parecida á la que tienen las fondas y hotelés conteniendo el nombre de sus huéspedes. Allí suelen estar señaladas las ocupaciones en que anda á cada momento cada Religioso. Entremos. Llame V. al portero y pida por el Padre A.

—Acaba de salir para auxiliar á un moribundo, dice mirando la tablilla.

—¿Y el Padre B.?

—No ha dejado aún la iglesia. Allí me lo tienen toda la mañana de Dios en su confesonario.

—¿Y el Padre N ?

—¡Oh! éste sí que tardará en volver. Le han enviado los Superiores á no sé qué pueblos de por ahí á predicar una Misión con otros dos compañeros, que son cada cual un águila para su oficio.

—¿Y los Padres P. y R.?

—Estos todo el día enterrados en su biblioteca, de donde no salen más que para comer y dormir. Figúrese V. que hasta del coro se les ha dispensado para que mejor pudiesen dedicarse á sus estudios. Pues es claro, ¡cómo han de ser ellos los que enseñen á la juventud de nuestros cursos!...

—Pero ¡vaya! díganos por fin el hermano portero, ¿no se puede ver á Religioso alguno de esta Comunidad?

—A todos, señor mío, si lo reclama algún servicio que puedan prestar. Si es para dar consejo en un caso arduo, ahí está el Padre tal, que lo hace de mil amores; si para consolar á alguna familia atribulada, ahí tiene V. al Padre cual, que tiene para esto el mejor corazón y unas buenas razones que ya, ya. Para enfermos, no hay como Padre Fulano ó Padre Zutano. Para enreditos de conciencia el que he citado á Vds. y que se gasta casi todo el día en desembrollarlos. Hasta para los chiquillos hay aquí un Padrecito encargado del Catecismo, que todos los pillastres del pueblo se van tras él.—

Esto es, amigo D. Cosme, un convento ó monasterio ó casa regular de cualquier nombre, vistos de cerca y sin los anteojos de la preocupación. ¿Holgazanes los frailes? No, que no son ellos quienes pueblan los casinos

y cafés; no son ellos los que palmotean ó silban cada noche en el teatro á los histriones y bailarinas; no son ellos los que forman los eternos corrillos de la plaza, de la acéra y de la tertulia. Siempre he observado que tales hombres andan por las calles aprisa, aprisa y con aire de ocupación. A la puerta del magnate se llama con recelo y se guarda antesala y no se entra tal vez sino mediante empeño. A la del sabio ó del rico nadie se atreve para no distraerle de sus estudios ó para no perturbarle en sus placeres. Al hábito del Religioso se agarran todos con una franqueza y libertad que serían irreverentes si no fuesen ellas el rasgo más característico del apostolado cristiano. El pobre Religioso bien puede ser eminente en ciencia, grave por la autoridad de sus cargos, ilustre por el apellido que lle-

vó en el siglo, es siempre el hombre de todo el mundo, y todo el mundo tiene derecho á él para pararle en mitad de la calle ó para llamarle al recibidor ó á la sacristia. La dama encubrada y la criada lugareña, el perfilado lechuguino ó el viejecito mendigo ó el chicuelo de la doctrina, todos pueden besar con igual libertad aquella su mano, todos pueden pedirle con igual franqueza un consejo ó un consuelo. He aquí por qué es éste un holgazán que siempre tiene que hacer, á pesar de lo cual tiene siempre tiempo para todas las cosas.

¡Oh amigo D. Cosme! Si en el mundo todo y en todos sus ramos y facultades dominase como regla primera de economía política esa que vos llamáis holgazanería de los conventos, ¡cuántos productos más daría cada año al mercado la industria! ¡cuántos capita-

les más formaría el comercio! ¡cuántos libros más publicaría la ciencia! ¡cuánta ilustración más fuera la del pobre pueblo! Y en cambio ¡cuántos vicios menos tendría la juventud! ¡cuántas causas criminales menos la Audiencia!

¡Los frailes holgazanes! ¡Sublime holgazanería la que ha llenado de libros las bibliotecas, de héroes de la caridad los hospitales, de Santos los altares! El hábito de esos holgazanes, ese distintivo de pereza é inutilidad, es el que honra los retratos de sabios como Alberto Magno, Tomás de Aquino, Suárez, Mariana y Feijoo; el de escritores como Luis de Granada, Luis de León, Juan de la Cruz y Padre Isla; el de bienhechores de la humanidad como Juan de Dios, Bartolomé de las Casas, Vicente de Paúl y Pedro Claver; el de los inventores célebres como Bacón, Schwartz, Kircher,

Despina, Secchi y otros mil que en todos los ramos de la ciencia natural te cita á cada paso la historia. Así en todos los caminos del saber y de las grandes empresas topamos al momento con el fraile holgazán que ha madrugado para recorrerlos antes que nosotros. Y eso, amigo D. Cosme, no lo niegan más que los ignorantes que no lo saben, ó los malvados que quieren desmentir la verdad.

¡Los frailes holgazanes! ¡Valiente palabrota para echada en rostro de los que en todos tiempos ha reconocido la Iglesia como sus más incansables apóstoles, la civilización como sus más laboriosos obreros, la ciencia como sus cultivadores más ilustres, la humanidad como sus bienhechores más desinteresados!

La generación incrédula y charlatana, que llama centros de holgazane-

ría á las casas de Religión, ni fuerzas tiene para hojear los libros que de ellas salieron, ni aliento para restaurar las joyas de arquitectura que ellos alzaron, ni abnegación ni espíritu para imitar de lejos los rasgos de caridad y heroísmo que en ellas fueron pan de cada día. No les escandaliza, no, á los enemigos de los Religiosos esta su tan cacareada apatía, lo que sí les espanta es su prodigiosa actividad. Témenlos como teme con razón el enemigo á los cuerpos de tropas más escogidos: ahí está el secreto de esa consigna general de burla y difamación que contra los Institutos regulares ha dado la Francmasonería. El filosofismo lo echa de ver muy bien ya desde el siglo pasado, y lo dejó consignado en sus documentos auténticos con elocuente claridad. Federico de Prusia escribía á Voltaire en 24 de Marzo de 1767: «No está re-

servado á las armas destruir *al Infame* (así llamaban aquellos demonios á Nuestro Señor Jesucristo); El perecerá por el brazo de la verdad y por las seducciones del interés. He reparado, y otros como yo, que en los lugares donde hay más conventos está el pueblo más ciegamente adicto á la *superstición*. Ello es cierto, que si se logra destruir estos asilos del *fanatismo*, el pueblo se volverá indiferente y tibio por lo relativo á estos objetos, que en el día son de su veneración. Se debe tratar de destruir los conventos, ó á lo menos de disminuir su número.

¿Qué tal? Esta cita de autor tan abonado vale un Perú. No se odia á los frailes por ociosos, sino por muy activos; no se les expulsa por inútiles, sino porque son los más firmes apoyos del *fanatismo* y de la *superstición*, es decir, de la única Religión verdadera.

Los que bucnamente rehusen creer nuestras palabras, ¿podrán no admitir en todo su valor estas tan decisivas de los mismos corifeos de la impiedad?

¡Oh D. Cosme, y los que como V. hablan, escriben y disparatan! ¡No quisiera, á fe, os diese el cielo más dura penitencia por vuestro pecado, que la de tener que seguirles un mes, tan sólo un mes, el paso que llevan en todos sus actos esos benditos frailes tan ociosos, tan regalones y tan holgazanes! A costa vuestra probaríais entonces á qué saben ese regalo, ociosidad y holgazanería.

A. M. D. G.

2

sí, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazón.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Más trabajo y menos fiestas.—33. ¡Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belén y la cuestión social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡Nó, no prevalecerán!—51. ¿Religión? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero. ¿cómo puede ser lo de la Eucaristia?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La librería de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—60. Los pocos y los muchos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.—63. Mira que te mira Dios.—64. El Santo Rosario.—65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Carino más allá de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe.—69. La Santa Inquisición.—70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.—71. Cuentas galanas.—72. El secreto del bien morir.—73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.—75. María, Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—

78. El Sagrado Corazón.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras?—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religión que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto loco en las iglesias: Cristo fué pobre.—86. Con qué ¿nos vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El bu del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Más sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La más justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Eso teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad maiorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 6 cénts. de pta.; docena de un mismo número, 50 cénts.; centenar de id., 4 ptas.; quinientos de id., 18'75 ptas.; mil de id., 35 ptas.

La colección de los 400 números publicados vale 4 ptas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.